

# Históricas Digital

José Rubén Romero Galván

“Religión”

p. 124-139

*Introducción a la cultura náhuatl prehispánica*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## VI

### RELIGIÓN

Sin duda alguna la religión fue una institución de gran importancia en Mesoamérica y, por supuesto, entre los nahuas. Lejos de constituir una experiencia confinada a la intimidad, la religión era para aquellas personas una experiencia que correspondía tanto al ámbito público como al privado. La religión indígena estaba sólidamente fincada sobre una visión del cosmos en la que la naturaleza circundante se originaba, se ordenaba y tenía sentido en el actuar continuo de las deidades.

Para los nahuas de esos tiempos el mundo había tenido principio gracias a la actuación de las deidades. Uno de los mitos del principio del mundo que permite entrar en contacto con los dioses que llevaron a cabo tales tareas quedó consignado en el manuscrito llamado *Histoire du Mechique* conservado en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia. Allí se narra cómo la diosa tierra, Tlalteuctli, es objeto de los esfuerzos, que se antojan terribles, de los dioses Tezcatlipoca y Ehécatl que se empeñaron en dividirla en dos partes. Una sección la elevaron de manera que fuera el cielo y la otra parte quedó abajo para ser la tierra. En ésta, gracias al consuelo prodigado por otras deidades que se acercaron para reconfortarla, los cabellos de la diosa se volvieron árboles, flores y yerbas; su piel fue convertida en yerba menuda y florecillas; los ojos se volvieron pozos, fuentes



y pequeñas cuevas. En fin, esa parte de la diosa se volvió naturaleza. Para que las mitades de la diosa no volvieran a reunirse y colapsara lo creado, cuatro dioses se colocaron cada uno hacia uno de los rumbos cósmicos. De esta forma quedó asegurada la permanencia de la creación. Así, del sacrificio de una diosa y del esfuerzo de otras deidades surgió el mundo.

La creación del ser humano también se dio gracias a la voluntad y el sacrificio de un dios, Quetzalcóatl. Esta historia quedó referida cuando se explicó el término *macehual*. Se recordará que, según los nahuas, el ser humano existió gracias al sacrificio de la deidad. Fue, asimismo, gracias al esfuerzo de Quetzalcóatl que la gente pudo disponer del maíz para alimentarse, pues este dios logró robar los granos del sitio llamado *tonacatepetl*, “cerro de nuestro sustento”, en cuyo interior las divinidades lo guardaban.

Estos relatos permiten un acercamiento a dos aspectos importantes vinculados entre ellos y con la religión. El primero está relacionado claramente con la cosmovisión y el segundo con la deuda que los humanos habrían contraído con la divinidad, a la que debían la existencia y el sustento.

Los nahuas concebían el mundo en dos planos, uno vertical, el otro horizontal. El primero estaba formado por tres niveles: en el estrato superior estaban los cielos; en el inferior, los inframundos; entre éstos, el espacio habitado por el ser humano. Los niveles superior e inferior estaban separados por cinco postes. De ellos, los que se distribuían hacia los cuatro rumbos servían para mantener separadas las partes del universo, y el de en



medio, formado por dos canales, tenía como función vincular esas dos secciones. Los canales que constituían este eje describían un recorrido helicoidal. Uno aparece en los códices pintado de color rojo, otro de color azul. Precisamente los colores del agua que salía del venero encontrado en el sitio donde se realizó la fundación de Mexico-Tenochtitlan.

El estrato superior del universo estaba conformado por trece niveles, cada uno con características particulares (véase figura 13). Los tres primeros correspondían respectivamente a la luna, las estrellas y el sol. De la mayoría de los restantes sólo se sabe que tenían un color que los identificaba, con excepción del séptimo que, además de ser azul, era la morada de la deidad Huitzilopochtli. Los dos últimos, el decimosegundo y el decimotercero, eran el Omeyocan, “el lugar de la dualidad”, donde habitaba Ometéotl, “el dios de la dualidad”, constituido, como ya se dijo, por Omecíhuatl y Ometecuhtli, “la Señora dos” y “el Señor dos”, respectivamente. Ometéotl, recordemos, era el dios supremo, invisible, intangible y principio de todo lo creado. Las deidades que conformaban el panteón, según se piensa, eran desdoblamiento de esta primera pareja, Omecíhuatl se habría desdoblado en las deidades femeninas, mientras que Ometecuhtli habría sido el principio de las deidades masculinas.

El estrato inferior del universo estaba formado por nueve pisos. Cada uno de ellos ofrecía características distintas. Todos se distinguían por ser particularmente terribles. Los hombres, después de morir, transitaban por cada uno de esos niveles, hasta llegar al Mictlan. Había excepciones: quienes morían en relación con el



Figura 13. Los niveles del universo representados  
en el Codex Vaticanus A, f. 1v.  
D. R. © Biblioteca Apostólica Vaticana.



agua, iban al Tlalocan, “la región de Tláloc”, y aquellos que sucumbían en la guerra estaban destinados a acompañar al sol en su recorrido desde el amanecer hasta el cenit. Las mujeres que morían en el parto, consideradas también guerreras, hacían lo propio del cenit hasta el ocaso. Todos los demás, obligadamente, descendían a los infiernos. Era su destino. En el nivel más cercano a la superficie de la tierra había dos enormes cerros con un puerto entre ellos, mismo que de continuo se abría y se cerraba, lo que era una terrible amenaza para el ánima del difunto que debía pasar por allí. En el siguiente vivía una culebra enorme que cuidaba el camino. Entre los niveles inferiores había uno donde soplaban un viento que cortaba como la obsidiana. Estos estratos, que, como se dijo, debían ser atravesados por los seres humanos después de la muerte, eran el camino para acceder al último, habitado por una deidad dual: Mictlantecuhtli, “El señor del Mictlan”, y Mictlancíhuatl, “La señora del Mictlan”, quienes recibían al difunto después de tan penoso recorrido.

La superficie de la tierra, el plano horizontal del universo estaba dividido en cinco rumbos (véase figura 14). El central, el *axis mundi*, corría del cenit al nadir. Era allí donde se encontraba el poste central del universo, aquel por el que subían y descendían los conductos helicoidales arriba referidos. Los cuatro rumbos restantes coincidían cada uno con uno de nuestros puntos cardinales. Todos ellos tenían características propias: una deidad, un elemento natural y un color. De acuerdo con algunas fuentes, el Norte estaba presidido por Tezcatlipoca, era de color negro y el elemento que lo distinguía era

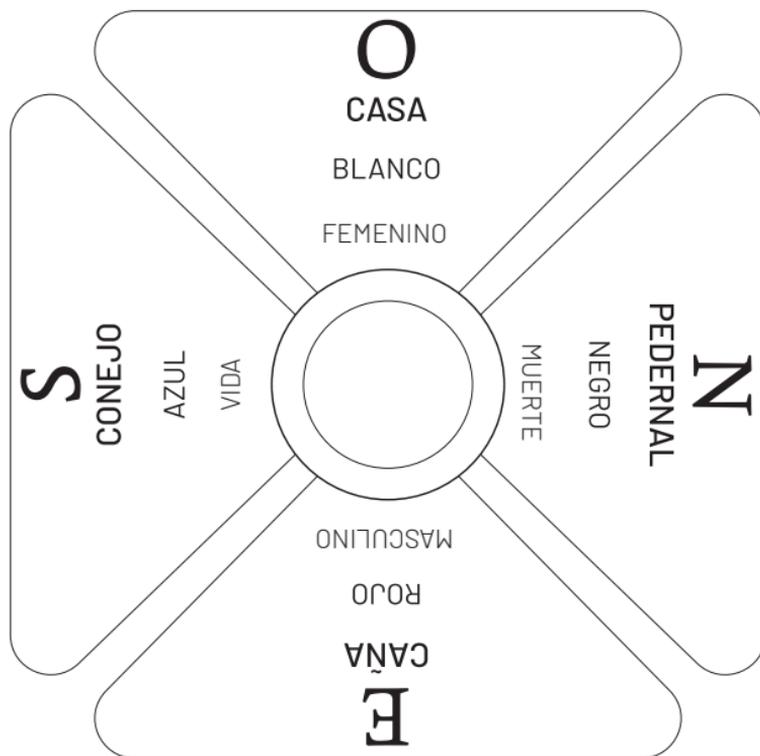


Figura 14. Los rumbos del mundo.

Ilustración de Ónix Acevedo Frómata a partir del original de Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, vol. 1, p. 65.

la tierra, simbolizada por un ocelote y en relación con el pedernal. Hacia el Este se encontraba la región enseñoreada por Tlalocatecuhtli, tenía como color característico el rojo y estaba asociado al fuego y al signo caña. El Sur estaba vinculado con el signo conejo; le correspondía como elemento el agua, su color era el amarillo y la deidad que le estaba asociada era Chalchiuhtlicue. El Oeste estaba presidido por Quetzalcóatl, su color era



el blanco, el elemento que le correspondía era el viento y guardaba relación con el signo casa. El centro, quinto rumbo, era verde. Es posible que la deidad vinculada con él fuera Quetzalcóatl. El elemento propio de este rumbo era el movimiento con el que debía concluir.

El principio y las dinámicas del tiempo tenían como origen la actuación de las deidades. En las fuentes originales existen varias narraciones que dan cuenta de ello. Según tales testimonios, antes de la creación del ser humano habían existido cuatro eras cósmicas. Su orden varía dependiendo de la tradición de la que proviene el relato, aunque siempre presentan los mismos elementos característicos. Los nombres que en todos los casos reciben estas eras o soles cósmicos provienen del elemento natural que causó su destrucción. Aquí nos ceñiremos a la versión que ofrecen los *Anales de Cuauhtitlan*, incluidos en el *Códice Chimalpopoca*. El primer sol que existió fue el de agua y se llamó Nahui Atl, “Cuatro Agua”, por otro nombre Atonátiuh, precisamente “Sol de Agua”. Terminó con una gran inundación y los hombres se volvieron peces. El segundo sol, cuyo signo era Nahui Océlotl, “Cuatro Ocelote”, tenía por nombre Oceltonátiuh, “Sol Ocelote”. Terminó cuando la tierra se hundió y los gigantes que entonces habitaban el mundo fueron “comidos” por la tierra, elemento natural que correspondía a esta era cósmica. El tercer sol fue Quiáhuitl Nahui, “Cuatro Lluvia”. Este sol concluyó con una lluvia de fuego que quemó a los hombres o, según otra tradición, los convirtió en guajolotes. El cuarto sol fue el sol de viento. Se le llamó Nahui Ehécatl, “Cuatro Viento”, y concluyó cuando un fuerte viento sopló sobre la tierra convirtiendo a los



hombres en simios. El Quinto Sol, el “Sol de Movimiento”, Nahui Ollin, debía concluir con un gran temblor de tierra, aunque se ha dicho también que el fin de este sol ocurriría cuando todo movimiento en la tierra se detuviera.

Este Quinto Sol requiere ser tratado aparte. Ello obedece a que es la única era de la que conocemos, con todo detalle, su principio. Fray Bernardino de Sahagún consignó en su *Historia general* el relato de los inicios de esta era cósmica. El texto es en verdad elocuente y ello nos obliga a evocar algunos de sus detalles.

Decían que antes que hubiese día en el mundo, que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama Teutihuacan [...]. Dixerón los unos a los otros dioses: ¿Quién tendrá cargo de alumbrar al mundo?” Luego de estas palabras respondió un dios que se llamaba Tecuciztécatl, y dijo: “Yo tomo el cargo de alumbrar al mundo.” Luego otra vez hablaron los dioses y dijeron: “¿Quién será otro?” [...]. Y ninguno de ellos osaba ofrecerse a aquel oficio [...]. Uno de los dioses de que no se hacía cuanta y era buboso no hablaba, sino oía lo que los otros dioses decían y los otros habláronle y dijéronle “Sé tú el que alumbres, bubosito”.

Estos dos dioses fueron los protagonistas de una competencia que consistió en arrojarse a una hoguera. De ella saldría el nuevo sol. Nanahuatzin, “el bubosito”, se arrojó primero, sin dudarle, y salió de ella convertido en el sol. Por su lado, Tecuciztécatl, quien también se había arrojado a la hoguera después de Nanahuatzin y habiendo mostrado sus temores, salió convertido en



la luna, con un brillo igual al de Nanahuatzin, mismo que los dioses se encargaron de opacar arrojándole a la cara un conejo cuya efigie desde entonces es patente en la superficie lunar. Como ni uno ni otro se movía, hubo necesidad de que un fuerte viento soplara, mismo que logró moverlos, de suerte que el sol comenzó a presidir el día, y la luna, la noche. Esta historia, además de muy bella, interesa por ser la única que narra con detalle el origen de uno de los soles, el de la última era cósmica. Ello permite suponer que habría habido otras historias que relataban con detalle los inicios de otros soles.

Para los nahuas, los espacios, los rumbos cósmicos, que constituían el universo, habían sido sucesivamente tiempo, eras cósmicas, soles que rigieron la vida de los seres humanos. Esta concepción llama poderosamente la atención, pues en otras formas de pensamiento, tiempo y espacio constituyeron también un binomio indisoluble. En su diálogo *Timeo o de la naturaleza*, Platón define al tiempo como la imagen móvil de la eternidad. Ello es significativo, pues conjuga en un solo concepto eternidad-tiempo y movimiento. Debe considerarse que este último únicamente puede ser pensado en función del espacio, pues todo movimiento implica la espacialidad en la que se realiza y, por supuesto, el tiempo que toma el desplazamiento correspondiente. Es claro que la definición de eternidad propuesta por Platón significa una relación entre espacio y tiempo similar a la de la cosmovisión de los antiguos nahuas, pues considerar que los rumbos cósmicos habían tenido oportunidad de ser tiempo dejaba establecida una profunda relación entre ambas categorías.



Este tiempo cósmico, ordenado en eras que, aunque de distintas duraciones, concluyeron en terribles cataclismos (con excepción de la quinta que no llegó a ver su término), dejan en claro una concepción cíclica del tiempo. En estos ciclos se ordenaba el tiempo humano, cuyo carácter, para los nahuas, no parece haber tenido esa característica. El tiempo de los seres humanos se antoja lineal, y las diferencias en su transcurrir son fruto del movimiento que describen las fuerzas cósmicas — los dioses — al ascender y descender por los conductos helicoidales que forman el poste central del universo. Este continuo movimiento impregna de gran dinamismo al tiempo humano y por supuesto a los calendarios creados para pensar ordenadamente su transcurrir.

Los nahuas vivían inmersos en una temporalidad que se ordenaba con base principalmente en dos sistemas calendáricos. El *tonalpohualli*, o “cuenta de los destinos”, y el *xiuhpohualli*, o “cuenta de los años”. La combinación de ambos dotaba de sentido a la vida de cada persona y de la sociedad en su conjunto. El *tonalpohualli* constaba de 260 días, resultado de la combinación de trece numerales con veinte signos. El *xiuhpohualli*, por su lado, constaba de 365 días que se organizaban en dieciocho meses de veinte días, más cinco días aciagos llamados *nemontemi*. Ambos calendarios corrían simultáneamente, y cuando habían transcurrido 52 *xiuhpohualli*, los dos coincidían en su inicio con un mismo signo. A la media noche de esa fecha transcurría un instante en el que el ser humano y la realidad toda carecían de la protección de todo signo calendárico. Era el momento en el que podía ocurrir la destrucción total del universo.



Por ello, los seres humanos abandonaban sus moradas, destruían todos los enseres que había en ellas y se refugiaban en lugares específicos. En el caso de los tenochcas, tal refugio se los brindaba el hoy llamado Cerro de la Estrella. Allí esperaban a que pasara la media noche, ocurrido lo cual estaba asegurada la existencia por 52 años más. Sobre el pecho de un cautivo sacrificado en ese momento, se colocaba la tablilla sobre la que, por frotamiento de otro trozo de madera, se producía el fuego nuevo que se pasaba a distintas antorchas para llevarlo a la ciudad y reiniciar así la vida.

Cada uno de los veinte signos del *tonalpohualli* tenía una deidad patrona e incluso la correspondencia con un rumbo cósmico. Los signos iban acompañados de otros elementos entre los que se contaban un volátil y un acompañante nocturno. Todos estos elementos eran importantes cuando el *tonalpouhqui*, el lector de los códigos que contenían estos registros, llamados *tonalamatl* o “libro de los destinos”, se daba a la tarea de interpretar los signos allí contenidos para trasmitir a la familia del niño el destino que para él estaba señalado por los pictogramas del *tonalamatl*. Este destino no era de ningún modo una sentencia que pesara sobre el futuro de la criatura, pues podía transformarse y, si originalmente había sido adverso, tornarse en un futuro aceptable. Ello se lograba por medio de oraciones y sacrificios dirigidos a las deidades, así como a través de la educación.

Por lo que toca al *xiuhpohualli*, dijimos que estaba compuesto por dieciocho meses de veinte días cada uno, más cinco días aciagos, los llamados *nemontemi*. Se trataba de un calendario solar, que marcaba los tiempos



en que debían realizarse las grandes ceremonias en honor a los dioses. Por otro lado, la relación de este calendario con la agricultura ha sido propuesta por varios investigadores. Si tal ocurrió, era necesaria una forma de ajuste para hacer coincidir esta cuenta calendárica con el año astronómico cuya duración es de 365 días más aproximadamente un cuarto de día. Sólo de esta forma el *xiuhpohualli*, además de cumplir con señalar los tiempos de las ceremonias, habría sido también un instrumento para marcar los tiempos de la producción agrícola. Otros estudiosos piensan que no existió tal ajuste. Ello habría provocado un desfase considerable entre el *xiuhpohualli* y los periodos agrícolas, de tal modo que esta cuenta temporal habría estado reducida a servir solamente para señalar los tiempos ceremoniales. Aunque la discusión está abierta, es pertinente señalar que, tomando en cuenta la importancia de la agricultura y su profunda relación con el culto a algunas de las deidades más importantes, además de ciertos elementos que nos proporcionan tanto algunos códices como fuentes originales, en nuestra opinión, debió existir una suerte de ajuste en el calendario a fin de agregar a los 365 días que duraba el *xiuhpohualli* un lapso más para evitar el desfase entre el sistema calendárico y la duración astronómica del año, vinculada con la agricultura. Esto es que habría habido un año bisiesto intercalado cada determinado tiempo. Esta idea fue debidamente sustentada por Víctor M. Castillo en un artículo que publicó en el número 9 de la revista *Estudios de Cultura Náhuatl*, en 1971.

Varios de los nombres de las veintenas evocan fenómenos meteorológicos o acontecimientos relacionados con



la agricultura. De ellos, aquí se citan sólo los siguientes: Atlahualo, que significa “dejan las aguas”; Etzalcualiztli, “comida de maíz y frijol”; Atemoztli, “el descenso de las aguas”. Hay otros nombres de veintenas que aluden al rito que en ellas se realiza. Es el caso de Tlaxipehualiztli, “el desollamiento de hombres”. Así, este calendario solar marcaba el ritmo de la vida de las personas, ya que indicaba los tiempos del trabajo agrícola y señalaba puntualmente los tiempos para la realización de los ritos para honrar a las divinidades y atraerse las gracias que se convertirían en abundantes beneficios para la comunidad.

El tiempo y el espacio, según quedó visto, eran entidades sagradas. Por ello se ha dicho, y con razón, que el universo en el que se movían los nahuas tenía un carácter sacralizado. Ello explica que la experiencia religiosa de los indígenas de aquella cultura, profundamente vinculada con esta característica, permeara todos los momentos de la existencia humana.

En la cotidianidad, los nahuas iniciaban su día con abluciones que consistían en lavarse la cara y la boca. Después se ocupaban de barrer su casa de dentro hacia afuera, como parte de los ritos de purificación que obligadamente realizaban. Reavivaban el fuego del brasero que estaba dispuesto frente a las imágenes de sus dioses patronos, para luego, siempre orando, disponer las ofrendas con las que honraban a sus dioses. Tales ritos eran el principio de la jornada. Había en cada barrio un pequeño templo, que en la época virreinal fue sustituido por una ermita dedicada a la devoción de algún santo o a alguna advocación cristológica o mariana. En dichos



templos se celebraban también los ritos con los que la comunidad que habitaba el barrio honraba a sus deidades patronas. La memoria de los detalles y los tiempos de tales ritos se han perdido para siempre. Sólo quedaron los restos de algunas pequeñas capillas novohispanas, recuerdo de la existencia de aquellos templos.

El *xiuhpolhualli*, quedó dicho, señalaba los tiempos de la realización de los grandes ritos. Se trataba de manifestaciones de la religión que podríamos llamar estatal. A ellos se convocaba los habitantes de la ciudad entera. Se trataba de ritos que refrescaban el recuerdo de mitos en los que se hacía referencia a acontecimientos que habían ocurrido en tiempos en los que las deidades habían actuado para propiciar la creación del universo en el que existían las personas. Basta un ejemplo. Se trata de los ritos que tenían lugar en la veintena de Ochpaniztli, la acción de barrer los caminos. En esta se honraba a la diosa Toci, “nuestra abuela”, o por otro nombre Teteo Innan, “la madre de los dioses”. En tal celebración se sacrificaba a una mujer mayor, imagen de la diosa. Antes de la celebración en que debía ser sacrificada, ante ella se realizaban batallas fingidas en las que participaban médicas y prostitutas (de quienes esta diosa era patrona) con el fin de que la futura sacrificada (que ya en ese momento era *ixiptla*, imagen de la diosa), no se afligiera ni llorara al recordar el futuro que le esperaba, pues ello sería el anuncio de malos tiempos. Antes de ser conducida al *texcatl*, la piedra del sacrificio, era llevada al mercado con algunas prendas que con anterioridad había tejido a fin de que las ofreciera en venta. Después de ello era conducida al templo donde se le extraía el corazón



y su cuerpo inerte era desollado. La piel de una de sus piernas era llevada a los límites de las tierras tenochcas con las de Huexotzinco. Allí tenía lugar una batalla. Si en esta resultaban victoriosos los mexicas, la piel que llevaban era colocada en un poste, lo que significaba que sobre Huexotzinco caerían heladas que afectarían los campos de labor. Si, por el contrario, los mexicas no lograban la victoria y regresaban con dicha piel a Tenochtitlan, ello significaba que las heladas afectarían las tierras del tenochca. Con el resto de la piel se revestía a un sacerdote que, objeto de respeto y veneración, la guardaba sobre sí hasta que ésta, putrefacta, se desprendía de su cuerpo. Este rito era, como todos los demás, una verdadera puesta en escena, y algunos de sus pasajes, por ejemplo el de la venta de sus tejidos en el mercado, tenían con toda seguridad un antecedente en pasajes de la mítica existencia de la diosa.

Tanto en estos ritos como en los de las otras veintenas, la participación de los asistentes era de suma importancia. Ello dotaba a tales celebraciones de un carácter teatral. Había algunos ritos en los que, por ejemplo, quienes asistían debían mostrar miedo. Difícilmente se podría considerar que tal reacción fuera espontánea, si se tiene en cuenta que la asistencia a los ritos era recurrente y que lo que acontecía era ya de sobra conocido.

Es un hecho que los ritos con los que los nahuas honraban a sus deidades eran verdaderas rupturas de tiempo profano. A través de ellos, los sacerdotes participantes, los cautivos que debían ser sacrificados y los asistentes se introducían en el universo sagrado. Ello



requería, por supuesto, de una rigurosa preparación en la que todos se colocaban en situación de realizar puntual y concienzudamente las acciones que culminarían con el sacrificio. De ello dan cuenta las fuentes originales.

La religión de los nahuas estaba sustentada en un conjunto de antiguas historias sagradas que daban cuenta de la creación del universo y del ser humano, así como de diferentes episodios de las relaciones de éste con las deidades. Las crónicas del siglo XVI que han llegado hasta nosotros narran muchas de estas historias. Sin embargo, es un hecho que la mayoría de ellas no fueron registradas y se han perdido definitivamente. En su conjunto debieron ser un todo orgánico que dotaba de una base sólida a los ritos que continuamente eran llevados a cabo.

El ejercicio del poder estaba profundamente vinculado con la religión. Arriba se dijo que el gobernante tenía un carácter divino. Era la figura de la divinidad en el mundo de los hombres. En ello se fincaba su poder. Durante los ritos de entronización recibía el carácter divino que lo acompañaría siempre en sus funciones. La cercanía del *cihuacoatl* acentuaba ese carácter divino, pues los dos constituían la fiel imagen de la dualidad divina de la que, en última instancia, provenía el poder. A éstos habrá que agregar que ambos cumplían funciones sacerdotales. Entre otros factores, lo que hemos expresado muestra los vínculos profundos que existían entre el poder político y la religión.